

Ganador premio Limaclara de ensayo 2013

En qué puede uno creer

Cuando se alcanza cierta edad, y solo con que se posea un mínimo de curiosidad, una persona puede cuestionarse cualquier creencia en la que haya estructurado su vida. Por ejemplo, la política, o mejor dicho, los políticos, me hacen pensar hasta dónde puede llegar un mal actor que no encuentre un lugar en el mundo de la interpretación. Como ser pensante me cuestiono: ¿puede alguien decirle a otro, sin margen de error, en qué puede creer? ¿Es posible tener la certeza de que lo que uno cree es lo correcto? Personalmente huyo de dogmatismos y defensas vehementes de verdades incuestionables. Intentaré explicar cómo lo veo yo.

Como punto de partida siento la necesidad de analizar el por qué cree cada uno lo que cree, cuestión ésta que me invita a pensar en el aprendizaje y la experiencia, aunque los genetistas también tendrán algo que decir con lo que los etólogos denominan pautas innatas de comportamiento e instintos, y asimismo esa predisposición implícita de la mente a llenar los huecos que la parte racional no alcanza a comprender, dando pie a las creencias y supersticiones. Con estas premisas como marco de referencia puedo iniciar mi elucubración filosófica, teniendo presente la pregunta inicial respecto de si alguien puede proponer, con certeza absoluta, aquello en lo que se puede creer. En este punto todavía no he planteado abordar un campo concreto – religión, moral, ciencia, política, etc. –. Pues bien, comenzando por los primeros; la religión y la moral, me surgen nuevas dudas: ¿existe un concepto universal del bien y del mal? Creo que todas las religiones afirman que así es, sin embargo visto en perspectiva histórica los conceptos chirrían cuando se confrontan con los hechos. A nadie se le escapa que algunos asuntos que hoy día son aceptados socialmente, hace unos pocos años eran socialmente reprobables y en algunos casos incluso perseguidos por la ley: el trabajo de la mujer, la educación sexual, el divorcio, el matrimonio homosexual, etc. Si nos centramos en las religiones con mayor presencia en el mundo occidental, éstas viven en una permanente discusión entre religiosos, curas, prelados... con tendencia progresista o conservadora y uno se pregunta: si la doctrina, los dictámenes y preceptos de la religión se basan en la palabra de Dios, como así afirman los teólogos, ¿por qué debe evolucionar con los tiempos y adaptarse a los cambios? En este sentido, independientemente de mis creencias, considero más coherente las tesis conservadoras, es decir, si su fe se basan en una religión universal que viene dictada por la palabra de Dios, me inclino a pensar que creen que es el mismo ahora que hace 2000 años y, asimismo, su concepto de la moral y del bien y del mal es inamovible e impermeable a los cambios y deseos de los humanos. Parafraseando a Nietzsche, la fe y la razón viven en esferas diferentes.

Siguiendo con la religión y la moral, si tomamos como base la hipótesis del aprendizaje, entonces aquello en lo que cree cada uno dependerá en gran medida de su historia personal (experiencias, formación, adoctrinamientos, etc.), y si su religión le exige imponer sus ideas incluso de forma violenta estará actuando bien según su sistema de valores, convirtiéndose en un grave problema para aquellos que tenemos a la tolerancia como guía de nuestros principios.

Si pensamos en la filosofía y la ciencia, éstas encuentran unos límites difíciles, si no imposibles, de salvar cuando trata cuestiones metafísicas: principios fundamentales de la realidad. Es preceptivo nombrar a René Descartes quien planteó

su famosa sentencia: Pienso, luego existo. Una frase de tal sencillez que puede parecer incluso absurda por evidente pero que abre el camino de la búsqueda de las verdades absolutas. Hasta donde yo alcanzo a comprender, hay cuestiones que no son concebibles por mi cerebro humano. Por ejemplo las antinomias que propuso Kant, la primera de ellas se pregunta si el mundo tiene límite en el espacio y en el tiempo y cuya respuesta es contradictoria. Pienso que nuestra capacidad de abstracción tiene un límite establecido en nuestra propia configuración cerebral, que es superior a la de otros animales pero asimismo limitada. Por ejemplo, un chimpancé no puede concebir “pasado mañana”, no puede planificar acciones con ese nivel de complejidad tan sencillo para la mayoría de las personas, pero estas mismas personas no pueden concebir el infinito. Posiblemente un salto evolutivo en la especie humana permitirá, en un futuro lejano – si llega –, un nivel superior de pensamiento abstracto.

Pensando en ideales que nos guíen hacia un mundo mejor, necesariamente aparece la política como un medio colectivo para conseguirlo, sin embargo aquí mis creencias son poco optimistas. Lo que mi experiencia me dicta es que en un partido político medra “lo peor de cada casa”: individuos ambiciosos que buscan el poder como un fin en sí mismo y creo que las personas honestas no llegan lejos. Los escándalos de corrupción refuerzan esta visión pesimista, aunque en este punto sinceramente espero estar equivocado. Como consecuencia creo que socialmente la especie humana tiene un mal futuro: moriremos de éxito cuando hayamos depredado todo el planeta.

Finalmente voy a exponer dos principios que me guían en mis creencias. En primer lugar, siempre estoy abierto a cambiar de opinión. Si alguien piensa que es sencillo, pues yo creo que no lo es. Implica escuchar y atender; algo más que oír y ver. Esforzarse en comprender las proposiciones habladas o escritas de otros cuando entran en conflicto con las propias. Es muy común discutir con el objetivo de ganar una pelea dialéctica. Es posible que las ganas de competir tengan una base genética, pero puede que nos desvíen de fines más provechosos y loables: aprender y evolucionar.

En segundo lugar, cuando cambio de opinión, sentir el placer de haber llegado a esa conclusión, de haber aprendido alguna cosa que desconocía. En lugar de sentirme frustrado por haber “perdido”, sentirme afortunado por haber alcanzado un conocimiento que no tenía.

No me apetece quedarme en la ironía socrática del “sólo sé que no sé nada”, procuraré disfrutar de lo que la vida me enseña y ofrece e intentaré compartirlo. Por algún motivo que desconozco me hace sentir bien.

Palma a 27 de enero de 2013